

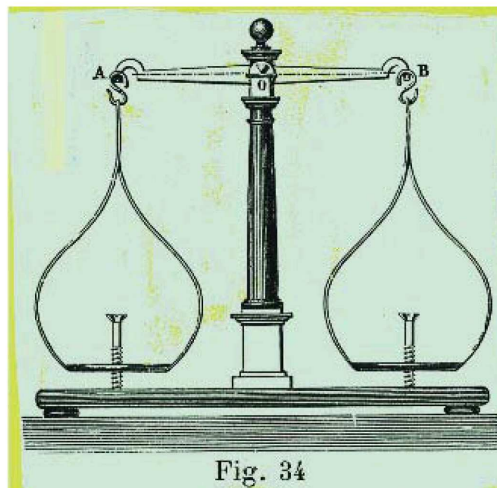
intro PALOS DE CIEGO por Javier Cercas

EL GRAN FRACASO

1 ¿Es posible abstenerse de leer un librito titulado *Diario de un hombre de éxito*, recién publicado por Periférica? Es posible, pero no recomendable. Su autor fue Ernest Dowson, un *dandy* finisecular e infeliz que murió joven y fue admirado por algunos de los mayores escritores del siglo XX, de T. S. Eliot a Ezra Pound; con razón: a pesar de ser un relato casi secreto, no hay duda de que el *Diario* es una pequeña joya. Dowson cuenta en él la historia de un triple amor malogrado: veinte años después de marcharse de Brujas, un hombre “repugnantemente próspero” vuelve a esa ciudad en busca del recuerdo de un triángulo amoroso que selló el final de su juventud y arruinó sus ilusiones; lo que descubre a su vuelta, sin embargo, es que ese fracaso que creía sólo suyo fue un fracaso de todos, y que además fue consecuencia de un simple malentendido. Así que el título precioso de este libro está lleno de melancólica ironía: el *Diario de un hombre de éxito* es en realidad el diario de un hombre fracasado. El éxito y el fracaso no son sólo dos opuestos; además, casi siempre son fruto de malentendidos.

2 Quizá uno de los fracasos esenciales de nuestra cultura consiste en que no sabemos fracasar y por tanto no sabemos tener éxito. La admiración que sienten culturas como la anglosajona por las personas de éxito nos repele: en España quien tiene éxito es casi siempre considerado un tramposo (por eso ha tenido éxito); también nos repele el respeto que otras culturas sienten por el fracaso: mientras que hay lugares donde es casi un cliché la evidencia de que para tener éxito hay que fracasar muchas veces, y donde el fracaso no es una vergüenza sino la condición del éxito, en España quien fracasa es un inútil (por eso ha fracasado). Y además fracasa para siempre. Nuestra mentalidad es secularmente funcionarial: aquí de lo que se trata es de no sobresalir, de mimetizarse con el rebaño y pasar inadvertido hasta que llegue nuestro turno en el escalafón o la autoridad competente indique lo contrario. Sobre todo no hay que sacar la cabeza, porque inmediatamente te la cortan. Quien no sabe ganar no sabe perder –quien es incapaz de admirar el mérito de la victoria no puede admirar la dignidad de la derrota– y nosotros no sabemos hacer ni una cosa ni la otra: entre nosotros perder provoca rencor, y ganar provoca soberbia (y también rencor). El resultado es que nadie sale al campo a ganar; todos salimos a empatar, no vaya a ser que alguien se moleste. Nuestra cobardía es incurable: le tenemos miedo al fracaso, pero también al éxito. En el fondo hacemos bien. Oscar Wilde, que fue amigo de Ernest Dowson, observó que una persona inteligente siempre se recupera de un fracaso, pero un idiota nunca se recupera de

“La justicia no ha hecho su transición y continúa siendo un poder retrógrado, indigno de confianza”



un éxito, y creo que fue Felipe González quien dijo que también se puede morir de éxito. Los dos tenían razón.

3 Todo indica que a Baltasar Garzón lo vamos a matar de éxito. Todo indica que nuestro juez universal no entendió nada: no quiso mimetizarse con el rebaño ni pasar inadvertido ni esperar su turno en el escalafón ni salir a empatar la partida; sacó la cabeza, y ahora se la vamos a cortar: para que aprenda. Por si acaso diré que no dudo que Garzón haya cometido errores en su trabajo, pero la verdad es que, cuanto más leo las declaraciones de testigos, abogados, fiscales y expertos, menos entiendo no ya que se le vaya a condenar, sino que se le haya juzgado. Hay gente muy preocupada por el daño que los juicios a Garzón le van a hacer a este país; tienen motivos: para el prestigio internacional de España, inhabilitar a Garzón vendría a ser peor que si, por razones nebulosas, incomprensibles o simplemente disparatadas, prohibiéramos jugar al tenis a Rafa Nadal, abrir un mesón a Ferran Adrià o filmar películas a Almodóvar. Es preocupante, pero mucho más preocupante es otra cosa. En España, en los últimos 30 años, todas las instituciones han hecho a su modo la transición a la democracia, incluidas algunas que en su momento parecía imposible que la hiciesen, como el ejército, que la ha hecho tan bien que es desde hace años la institución mejor valorada por los ciudadanos. Por desgracia la justicia es otra cosa. Quiero decir que muchos tenemos la impresión de que ella no ha hecho su transición, de que no es una justicia verdaderamente democrática y continúa siendo un poder anquilosado, retrógrado, hermético e indigno de la confianza de quienes lo pagamos. Es, me temo, una impresión general; y no sólo en España: basta hablar con juristas extranjeros (háganlo: es desolador). Pues bien, lo más preocupante de la hipotética condena de Garzón sería que, azuzados por el resentimiento contra su prestigio estelar, los jueces del Supremo convirtiesen esa impresión en certeza. Fuera o no un malentendido, sería un fracaso total. Pero no nos engañemos: no sería sólo un fracaso de la justicia, sino de todos, que en 30 años sólo hemos sabido fabricar la justicia que tenemos. ●

Ilustración de Gabi Beltrán